

once, y te estará esperando Poncianita. Era mi sueño mayor que mi malicia; y así mas de fuerza que de gana me levanté en paños menores; descalzo y temblando de frio y de miedo me fuí para la recámara de mi amada, ignorante de la trama que me tenia urdida mi grande y generoso amigo. Entré muy quedito: me acerqué á la cama, donde yo pensaba que dormia la inocente niña; toqué la almohada, y cuando ménos lo pensé, me plantó la vieja madre tan furioso zapatazo en la cara, que me hizo ver el sol á media noche. El susto de no saber quién me habia dado, me decia que callara; pero el dolor del golpe me hizo dar un grito mas recio que el mismo zapatazo. Entónces la buena vieja me afianzó de la camisa, y sentándome junto á sí me dijo: cálese vd., mocoso atrevido, ¿qué venia á buscar aquí? ya sé sus gracias. ¿Así se honra á sus padres? ¿Así se pagan los favores que le hemos hecho? ¿Este es el modo de portarse un niño bien nacido y bien criado? ¿Qué deja vd. para los payos ordinarios y sin educacion? Pícaro, indecente, osado, que se atreve á arrojarse á la cama de una niña doncella, hija de unos señores que lo han favorecido. Agradezca que, por respecto de sus buenos padres, no hago que lo majen á palos mis criados; pero mañana vendrá mi marido, y en el dia haré que se lleve á vd. á México, que yo no quiero picaros en mi casa.

Yo lleno de temor y confusion me le hiqué, lloré y supliqué tanto que no le avisara á D. Martin, que al fin me lo prometió. Fuíme á mi cama, y observé que reia bastante el indigno Januario debajo de la sábana; pero no me dí por entendido.

Al dia siguiente vino D. Martin; y la señora pretestando no sé qué diligencia precisa en la capital, hizo poner el coche, y sin volver á ver á la pobre muchacha, me condujeron á la casa de mis padres, sin darse la señora por entendeda con su marido segun me lo prometió.

CAPITULO IX.

Llega Periquillo á su casa y tiene una larga conversacion con su padre sobre materias curiosas ó interesantes.

PLEGAMOS á mi casa donde fuí muy bien recibido de mis padres, especialmente de mi madre, que no se hartaba de abrazarme, como si acabara de llegar de luengas tierras y de alguna expedicion muy arriesgada. El señor D. Martin estuvo en casa dos ó tres dias miéntras concluyó su negocio, al cabo de los cuales se retiró á su hacienda, dejándome muy contento porque se habia quedado en silencio mi desórden.

El señor mi padre un dia me llamó á solas y me dijo: „Pedro, ya has entrado en la juventud sin saber en donde dejaste la niñez, y mañana te hallarás en la virilidad ó en la edad consistente sin saber como se te acabó la juventud. Esto quiere decir, que hoy eres muchacho y mañana serás un hombre: tienes en tu padre quien te dirija, quien te aconseje y cuide de tu subsistencia; pero mañana, muerto yo, tú habrás de dirigirte y mantenerte á costa de tu sudor ó tus arbitrios, só pena de perecer, si no lo haces así; porque ya ves que yo soy un pobre y no tengo mas herencia que dejarte que la buena educacion que te he dado, aunque tú no la has aprovechado como yo quisiera.

En virtud de esto, pensemos hoy lo que ha de ser mañana. Ya has estudiado gramática y filosofia, estás en disposicion de continuar la carrera de las letras, ya sea estudiando teología, ó cánones, ya leyes ó medicina. Las dos primeras facultades dan honor y aseguran la subsistencia á los que se dedican á ellas con talento y aplicacion: mas es como preciso que sean eclesiásticos para que logren el fruto de su trabajo y sean útiles en su carrera; pues un secular por buen teólogo ó cano-

nista que sea, ni podrá orar en un púlpito, ni resolver un caso de conciencia en un confesonario; y así es que estas facultades son estériles para los seculares, y solo se pueden estudiar por ilustrarse, en caso de no necesitar los libros para comer.

La medicina y la abogacía son facultades útiles para los seculares. Todas son buenas en sí y provechosas, como el que las profese sea bueno en ellas, esto es, como salga aprovechado en su estudio; y así sería una necedad muy torpe que el teólogo adocenado, el médico ignorante, el leguleyo, ó rábula acusaran á estas ciencias del poco crédito que ellos tienen, ó les echaran la culpa de que nadie los ocupe: porque nadie los juzga útiles, ni quieren fiar su alma, su salud ni sus haberes en unas manos trémulas é insuficientes.

Esto es decirte, hijo mio, que tienes cuatro caminos que te ofrecen la entrada á las ciencias mas oportunas para subsistir en nuestra patria; pues aunque hay otras, no te las aconsejo; porque son estériles en este reino, y cuando te sirvan de ilustracion, quizá no te aprovecharán como arbitrio. Tales son la fisica, la astronomía, la química, la botánica &c., que son parte de la primera ciencia que te dije.

Tampoco te persuado que te dediques á otros estudios que se llaman bellas letras; porque son mas deleitables al entendimiento que útiles á la bolsa. Supongamos que eres un gran retórico y mas elocuente que Demóstenes: ¿de qué te servirá si no puedes lucir tu oratoria en una cátedra ó en unos estrados? que es como decirte, si no eres sacerdote ó abogado. Supon tambien que te dedicas al estudio de las lenguas, ya vivas, ya muertas, y que sabes con primor el idioma griego, el hebreo, el frances, el ingles, el italiano y otros, esto solo no te proporcionará subsistir.

Peró con mas eficacia te apartara yo de la poesía, si la quisieras emprender como arbitrio; porque el trato con las musas es tan encantador como infructuoso. Comunmente cuando

alguno está muy pobre dice que *está haciendo versos*. Parece que estas voces *poeta* y *pobre* son sinónimas, ó que el tener la habilidad de poetisar es un anatema para perecer. Algunos familiares del Pindo han logrado labrar su fortuna por su número; pero han sido pocos en realidad. Virgilio fué uno de ellos, que fué protegido de Augusto; pero no se hallan fácilmente Augustos ni Mecenas que patrocinen Virgilio; ántes muchos otros que han tenido las dos circunstancias que Horacio requiere para la poesía, que son *númen y arte*, han pedido limosna cuando se han atenido á esta habilidad, y otros mas prudentes se han apartado de ella, mirándola como un comercio pernicioso á su mejor colocacion; tal fué D. Esteban Manuel Villegas, cuyas *Eróticas* tenemos. Por esto te aconsejo en esta parte con las mismas palabras de Bocangel.

*Si hicieres versos, haz pocos,
Por mas que te asista el genio,
Que aunque te lo aplauda el gusto,
Ha de reñirlo el talento.*

Que es como decirte: aunque tengas gusto de hacer versos; aunque estos sean buenos y te los celebren, haz pocos, no te embeleses ni te distraigas en este ejercicio, de suerte que no hagas otra cosa; porque entónces si no eres rico, ha de reñirlo el talento: pues la bolsa lo ha de sentir, y la moneda andará reñida contigo como con casi todos los poetas. El padre del gran Ovidio le decia que no se dedicara á las Musas, poniéndole por causal la pobreza que se podia esperar de ellas, pues le acordaba que Homero siendo tan celebrado poeta murió pobre. *Nullas reliquit opes.*

No es esto decirte que son inútiles la poesía y las demás ciencias que te he dicho; ántes muchas de ellas son no solo útiles, sino necesarias á ciertos profesores. Por ejemplo: la dialécti-

ca, la retórica y la historia eclesiástica, son necesarísimas al teólogo: la química, botánica y toda la física es también precisa para el médico; la lógica, la oratoria y la erudición en la historia profana, son también no solo adornos, sino báculos forzosos para el que quiera ser buen abogado. Ultimamente, el estudio de las lenguas ministra á los literatos una esquisita y copiosa erudición en sus respectivas facultades, que no se logra sino bebiéndose en las fuentes originales, y la dulce poesía les sirve como de sainete ó refrigerio que les endulza y alegra el espíritu fatigado con la prolija atención con que se dedican á los asuntos serios y fastidiosos; pero estos estudios considerados con separación de las principales facultades, (si se deben separar) solo serán un mero adorno, podrán dar de comer alguna vez; pero no siempre, á lo ménos en América, donde faltan proporción, estímulos y premios para dedicarse á las ciencias.

Con que de todo esto sacamos en conclusión, que un pobre como tú que sigue la carrera de las letras para tener con que subsistir, se ve en necesidad de ser ó sacerdote teólogo ó canónigo; ó siendo secular, médico ó abogado; y así, ya puedes elegir el género de estudio que te agrade, advirtiendo ántes, que en el acierto de la elección consistirá la buena fortuna que te hará feliz en el discurso de tu vida.

Yo no exijo de tí una resolución violenta ni despremeditada. No, hijo mio, esta no es puñalada de cobarde. Ocho dias te doy de plazo para que lo pienses bien. Si tienes algunos amigos sábios y virtuosos, comunícales las dudas que te ocurran, aconséjate con ellos, aprovéchate de sus lecciones, y sobre todo, consúltate á tí mismo: examina tu talento é inclinación, y despues que hagas estas diligencias, resolverás con prudencia la carrera literaria que pienses abrazar. En inteligencia, que si de tus consultas y exámen, deduces que no serás buen letrado ni sacerdote, ni secular, no te apures ni te

avergüences de decírmelo, que por la gracia de Dios, yo no soy un padre ridículo, que he de incomodarme porque me participes el desengaño que saques por fruto de tus reflexiones. No, Pedro mio, dime, dime con toda franqueza tu nuevo modo de pensar: yo te puse el arte de Nebrija en la mano, por contemporizar con tu madre; mas ahora que ya eres grande, quiero contemporizar contigo; porque tú eres el héroe de esta escena, tú eres el mas interesado en tu logro, y así tu inclinación y tu aptitud para esto ó para aquello, se debe consultar, y no la de tu madre ni la mia.

No soy yo de los padres que quieren que sus hijos sean clérigos, frailes, doctores ó licenciados, aun cuando son ineptos para ello ó les repugna tal profesion. No: yo bien sé que lo que importa es que los hijos no se queden flojos y haraganes, que se dediquen á ser útiles á sí y al estado, sin sobrecargar la sociedad contándose entre los vagos, y que esto no solamente las ciencias lo facilitan; también hay artes liberales y ejercicios mecánicos con que adquirir el pan honradamente.

Y así, hijo mio, si no te agradan las letras, si te parece muy escabroso el camino para llegar á ellas, ó si penetras, que por mas que te apliques, has de avanzar muy poco, viniendo á ser te infructuoso el trabajo que impendas en instruirte, no te afijas, te repito. En ese caso tiende la vista por la pintura, ó por la música; ó bien por el oficio que te acomode. Sobran en el mundo sastres, plateros, tejedores, herreros, carpinteros, bateojas, carroceros, canteros y aun zurradores y zapateros que se mantienen con el trabajo de sus manos. Dime, pues, qué cosa quieres ser, á qué oficio tienes inclinación, y en qué giro te parece que lograrás una honrada subsistencia; y creeme que con mucho gusto haré porque lo aprendas, y te fomentaré mientras Dios me diere vida; entendido que no hay oficio vil en las manos de un hombre de bien: ni arte mas ruin, oficio ú ejercicio mas abominable que no tener arte, oficio ni

ejercicio alguno en el mundo. Sí, Pedro, el ser ocioso é inútil, es el peor destino que puede tener el hombre; porque la necesidad de subsistir y el no saber cómo ni de qué, lo ponen como con la mano en la puerta de los vicios mas vergonzosos, y por eso vemos tantos drogueros, tantos rufianes de sus mismas hijas y mugeres, y tantos ladrones; y por esta causa tambien se han visto y se ven tan pobladas las cárceles, los presidios, las galeras y las horcas.

Así pues, hijo mio, consulta tu genio é inclinacion con espacio, para abrazar éste ó el otro modo con que juzgues prudentemente que subsistirás los días que el cielo te conceda, sin hacerte odioso ni gravoso á los demás hombres tus hermanos, á quienes debes ser benéfico en cuanto puedas, que esto exige la legítima sociedad en que vivimos.

Pero tambien debes advertir, que aunque tú has de ser el juez que te examine, por la misma razon has de ser muy recto sin dejarte gobernar por la lisonja, pues entónces perderás el tiempo: tus especulaciones serán vanas, y te engañarás á tí mismo, si no pruebas tu capacidad y analizas tu genio como si fuera el de un estraño, y sin hacerte el mas mínimo favor. El gran Horacio aconseja en su Art. Poet. á los escritores *que para escribir elijan aquella materia que sea mas conforme á sus fuerzas, y vean el peso que puedan tolerar sus hombros, y el que resistan.*

Pues es cierto que si las fuerzas exceden á la carga, ésta se sobrellevará; mas si la carga es mayor que las fuerzas, rendirá al hombre, quien vergonzosamente caerá bajo su peso.

Es una verdad que se introduce sin violencia dentro de nuestros corazones, que *no todos lo podemos todo*; pero la lástima es que aunque conocemos su evidencia, la conocemos respecto de los demás; mas no respecto de nosotros mismos. Cuando alguno emprende hacer esto ó aquello y le sale mal, luego decimos: ¡Oh! pues si se mete á lo que no entiende, ¿no es pre-

ciso que yerre? Pero cuando nosotros emprendemos, creemos que somos capaces de salirnos con la nuestra, ¿y si erramos? ¡Oh! entónces nos sobran mil disculpas á nuestro favor para cubrirnos de las notas de imperitos ó atolondrados.

Por esto no me cansaré de repetirte, hijo mio, que antes de abrazar esta ó la otra facultad literaria, esta ó aquella profesion mecánica &c., lo pienses bien, veas si eres ó no á propósito para ello; pues aun cuando te sobre inclinacion, si te falta talento, errarás lo que emprendas sin ambas cosas, y te espondrás á ser objeto de la mas severa crítica.

Ciceron fué el depósito de la elocuencia romana; tenia inclinacion á la poesía; pero no aquel talento propio para ella que llaman *estro*; lo que fué causa de que cometiese una ridícula cacofonía, ó mal sonido de palabras en aquel verso que censuró con otros Quintiliano.

O fortunatam natam me consule Romam.

Y Juvenal dijo, que si las *Filípicas* con que irritó el ánimo de Antonio las hubiera dicho con tan mala poesía, nunca hubiera muerto degollado.

El célebre Cervantes fué un grande ingenio, pero desgraciado poeta; sus escritos en prosa le grangearon una fama inmortal (aunque en esto de pesetas, murió pidiendo limosna. Al fin fué de nuestros escritores); pero de sus versos, especialmente de sus comedias, no hay quien se acuerde. Su grande obra del *Quijote* no le sirvió de parco para que no lo acribillaran por mal poeta: á lo ménos Villegas en su séptima elegia dice hablando con su amigo:

*Irás del Helicon á la conquista
Mejor que el mal poeta de Cervantes,
Donde no le valdrá ser Quijotista.*

Este par de ejemplitos te asegurará de las verdades que te

he dicho. Conque anda, hijo, piénsalas bien, y resuelve qué es lo que has de ser en el mundo; porque el fin es que no te quedes vago y sin arbitrio.”

Fuése mi padre y yo me quedé como tonto en vísperas; porque no percibía entónces toda la solidez de su doctrina. Sin embargo, conocí bien que su merced queria que yo eligiera un oficio ó profesion que me diera de comer toda la vida; mas no me aproveché de este conocimiento.

En los siete dias de los ocho concedidos de plazo para que resolviera, no me acordé sino de visitar á los amigos y pasear, como lo tenia de costumbre, apadrinado del consentimiento de mi cándida madre; pero en el octavo me dió mi padre un recordoncito, diciéndome: “Pedrillo, ya sabrás bien lo que has de decir esta noche acerca de lo que te pregunté hoy hace ocho dias.” Al momento me acordé de la cita, y fuí á buscar un amigo con quien consultar mi negocio.

En efecto lo hallé; pero ¡qué amigo! como todos los que yo tenia, y los que regularmente tienen los muchachos desbaratados, como yo era entónces. Llamábase este amigo Martin Pelayo, y era un bicho punto ménos maleta que Juan Largo. Su edad seria de diez y nueve á veinte años: jugadorcillo mas que Birjan, enamorado mas que Cupido, mas bailador que Batilo; mas tonto que yo, y mas zángano que el mayor de la mejor colmena. A pesar de estas nulidades, estaba estudiando para *padre*, segun decia, con tanta vocacion en aquel tiempo para ser sacerdote como la que yo tenia para verdugo: sin embargo, ya estaba tonsurado y vestia los hábitos clericales, porque sus padres lo habian encajado al estado eclesiástico á fuerza, lo mismo que se encaja un clavo en la pared á martillazos, y esto lo hicieron por no perder el rédito de un par de capellanias gruesas que habia heredado. ¡Qué mal estoy y estaré toda mi vida con los mayorazgos y las capellanias heredadas!

Pero de cualquier modo, este fué el eximio doctor, el hom-

bre proyecto, y el sábio virtuoso que yo elegí para consultar mi negocio, y ya ustedes verán que bien cumpliria con las buenas intenciones de mi padre. Así salió ello.

Luego que yo le informé de mis dudas y le dije algo de lo que mi padre me predicó, se echó á reir y me dijo: eso no se pregunta. Estudia para clérigo como yo, que es la mejor carrera, y cierra los ojos. Mira: un clérigo es bien visto en todas partes: todos lo veneran y respetan aunque sea un tonto, y le disimulan sus defectos: nadie se atreve á motejarlos ni contradecirlos en nada: tiene lugar en el mejor baile, en el mejor juego, y hasta en los estrados de las señoras no parece despreciable; y por último, jamás le falta un peso, aunque sea de una misa mal dicha en una carrera. Conque así estudia para clérigo y no seas bobo. Mira tú: el otro dia en cierta casa de juego se me antojó no perder un albur, á pesar de que vino el as contrario delante de mi carta, y me afiancé con la apuesta, esto es, con el dinero mio y con el ageno. El dueño reclamaba y porfiaba con razon que era suyo; pero yo grité, me encolericé, juré, me cogí el dinero y me salí á la calle, sin que hubiera uno que me dijera *esta boca es mia*, porque el que ménos, me juzgaba diácono, y ya tú ves que si este lance me hubiera sucedido siendo médico ó abogado secular, ó me salgo sin blanca, ó se arma una campaña de que tal vez no hubiera sacado las costillas en su lugar. Conque otra vez te digo, que estudies para clérigo y no pienses en otra cosa.

Yo le respondí: todo eso me gusta y me convence demasiado; pero mi padre me ha dicho, que es preciso que estudie teología, cánones, leyes ó medicina; y yo, la verdad, no me juzgo con talentos suficientes para eso. No seas majadero, me respondió Pelayo. No es menester tanto estudio ni tanto trabajo para ser clérigo, ¿tienes capellania? No tengo, le respondí. Pues no le hace, prosiguió él: ordénate á título de idioma; ello es malo, porque los pobres vicarios son unos criados de los cu-

ras, y tales hay que les hacen hasta la cama; pero esto es poco, respecto á las ventajas que se logran, y por lo que toca á lo que dice tu padre de que es necesario que estudies teología ó cánones para ser clérigo, no lo creas. Con que estudies unas cuantas definiciones del Ferrer ó de Lárraga, te sobra; y si estudiares algo de Cliquet, ó del curso Salmaticense, ¡oh! entonces ya serás un teólogo moralista consumado, y serás un Séneca para el confesonario, y un Ciceron para el púlpito, pues podrás resolver los casos de conciencia mas arduos que hayan ocurrido y puedan ocurrir, y predicarás con mas séquito que los Masillones y Burdalúes, que fueron unos grandes oradores, segun me dice mi catedrático, que yo no los conozco ni por el forro.

Pero hombre, la verdad, le dije: yo creo que no soy bueno para sacerdote, porque me gustan mucho las mugeres, y segun eso, pienso que soy mejor para casado. Perico: ¡qué tonto eres! me contestó Pelayo. ¡No ves que esas son tentaciones del demonio para apartarte de un estado tan santo? ¡Tú crees, que solo siendo eclesiástico podrás pecar por este rumbo? no amigo, tambien los seculares y aun los casados pecan por el mismo. A mas de que ¡qué cosa.....pero no quiero abrirte los ojos en esta materia. Ordénate, hombre, ordénate y quítate de ruidos, que despues, tú me darás las gracias por el buen consejo.

Despedíme de mi amigo, y me fuí para casa, resuelto á ser clérigo, topara en lo que topara; porque me hallaba muy bien con la lisongera pintura que me habia hecho Martin del estado.

Llegó la noche, y mi buen padre, que no se descuidaba en mi provecho, me llamó á su gabinete y me dijo: "Hoy se cumple el plazo, hijo mio, que te dí para que consultaras y resolvieras sobre la carrera de las ciencias ó de las artes que te acomode, para dedicarte á ellas desde luego; porque no quiero

que estés perdiendo tanto tiempo. Dime, pues, ¡qué has pensado y qué has resuelto?" "Yo, señor, le respondí, he pensado ser clérigo. Muy bien me parece, me dijo mi padre; pero no tienes capellanía, y en este caso, es menester que estudies algun idioma de los indios, como mexicano, otomí, tarasco, matzagua ú otro para que te destines de vicario y administres á aquellos pobres los santos sacramentos en los pueblos. ¿Estás entendido en esto? Sí señor, le respondí, porque me costaba poco trabajo decir que sí; no porque sabia yo cuales eran las obligaciones de un vicario.

Pues ahora es menester que tambien sepas, añadió mi padre, que debes ir sin réplica á donde te mandare tu prelado, aunque sea al peor pueblo de tierra caliente, aunque no te guste ó sea perjudicial á tu salud; pues mientras mas trabajos pases en la carrera de vicario, tantos mayores méritos contraerás para ser cura algun dia.

En los pueblos que te digo, hay mucho calor y poca ó ninguna sociedad, si no es con indios mazorrales. Allí tendrás que sufrir á caballo y á todas horas en las confesiones, soles ardientes, fuertes aguaceros, y continuas desveladas ó viglias. Batallarás sin cesar con los alacranes, turicatas, tlalages, pinolillo, garrapatas, gegenes, zancudos, y otros insectos venenosos de esta clase, que te beberán la sangre en poco tiempo. Será un milagro que no pases tu trinquetada de tercianas que llaman *frios*, á los que sigue despues ordinariamente una tiri-cia consumidora; y en medio de estos trabajos, si encuentras con un cura tético, necio y regañon, tendrás un vasto campo donde ejercitar la paciencia; y si topas con uno flojo y regalon, cargará sobre tí todo el trabajo, siendo para él lo pingüe de los emolumentos. Conque esto es ser sacerdote y ordenarse á título de idioma ó administracion. ¡Te gusta? Sí señor, le respondí de cumplimiento, pues á la verdad no dejó de resfriar mi ánimo el detall que me habia hecho de los trabajos y mala

vida que suelen pasar los vicarios; pero yo decia entre mí ¿qué, luego ha de dar en un ojo? ¿Luego he de ir á tener á tierra caliente, á un pueblo ruin? ¿luego ha de haber alacranes, moscos, ni esos otros *salvages* que me dice mi padre? ¿Luego me han de dar los frios, ó los curas á quienes sirva han de ser todos flojos ó regañones? Quizá no será así; sino que hallaré un buen pueblo y cura, y entónces pasearé bien, tendré dinero, y dentro de un par de años lograré un curato riquillo, y descansando yo en mis vicarios, ya me podré tender boca arriba, y raparme una videta de ángeles.

Estas cuentas estuve yo haciendo á mis solas, mientras mi padre fué á la puerta para enviar una criada á traer tabaco. Volvió su merced, se sentó y continuó su conversacion de este modo.

Conque, Pedrillo, supuesta la resolucion que tienes de ordenarte, ¿qué quieres estudiar? ¿cánones ó teología? Yo me sorprendí, porque cuanto me agradaba tener dinero rascándome la barriga hecho un flojo, tanto así me repugnaba el estudio y todo género de trabajo.

Quedéme callado un corto rato, y mi padre advirtiéndome turbacion, me dijo: cuando resolviste dedicarte á la iglesia, ya preveniste la clase de estudios que habias de abrazar, y así no debes detener la respuesta. ¿Qué, pues, estudias? ¿cánones ó teología? Yo muy fruncido le respondí: señor, la verdad, ninguna de esas dos facultades me gusta, porque yo creo que no las he de poder aprender, porque son muy difíciles: lo que quiero estudiar es moral, pues me dicen que para ser vicario, ó cuando mas, un triste cura, con eso sobra.

Levantóse mi padre al oír esto, algo amohinado, y paseándose en la sala decia: ¡Vea vd! estas opiniones erróneas son las que pervierten á los muchachos. Así pierden el amor á las ciencias: así se extravian y se abandonan, así se empapan en unas ideas las mas mezquinas, y abrazan la carrera eclesiás-

tica, porque les parece la mas fácil de aprender, la mas socorrida y la que necesita menos ciencia. De facto, estudian cuatro definiciones y cuatro casos los mas comunes del moral, se encajan á un sínodo, y si en él aciertan por casualidad, se hacen presbíteros en un instante, y aumentan el número de los idiotas con descrédito de todo el estado; y encarándose á mí, me dijo: en efecto, hijo, yo conozco varios vicarios imbuidos en la detestable máxima que te han inspirado de que no es menester saber mucho para ser sacerdotes, y he visto por desgracia, que algunos han soltado el *acocote* para tomar el cáliz, ó se han desnudado la pechera de arrieros para vestirse la casulla, se han echado con las petacas y se han metido á lo que no eran llamados; pero no creas tú, Pedro, que una mal mascada gramática y un mal digerido moral, bastan como piensas, para ser buenos sacerdotes y ejercer dignamente el terrible cargo de cura de las almas.

Muy bien sé que hubo tiempos, en que (como nos refiere el abate Andres en su historia de la literatura) decayeron las ciencias en la Europa en tanto grado, que el que sabia leer y escribir tenia cuanto necesitaba para ser sacerdote, y si por fortuna sabia algo del canto llano, entónces pasaba plaza de doctor; pero ¿quién duda que la santa iglesia no se affigiria por esta tan general ignorancia, y que condescenderia con la ineptitud de estos ministros por la oscuridad del siglo, por la inopia de sugetos idóneos, y porque el pueblo no careciera del pasto espiritual; y así á trueque de que sus hijos no perecieran de hambre, teniendo por la gracia de Jesucristo, el pan tan abundante, tenia que fiar con dolor su repartimiento á unas manos groseras, y que encomendar, á mas no poder, la administracion de la Viña del Señor á unos operarios imperitos?

Pero así como en aquel tiempo hubiera sido un error grosero decir que sobra con saber leer para hacerse alguno digno de los sagrados órdenes, por mas que así sucediera; de la mis-

ma manera lo es hoy asegurar que para obtener tan alta dignidad *sobra* con una poca de gramática y otro poco de moral, por mas que muchos no tengan mas ciencias cuando se ordenan; pues tenemos evidentes testimonios de que la iglesia lo tolera, mas no lo quiere.

Todo lo contrario; siempre ha deseado que los ministros del altar estén plenamente dotados de ciencia y virtud. El sagrado Concilio de Trento manda: "que los ordenados sepan la lengua latina, que estén instruidos en las letras; desea que crezca en ellos con la edad el mérito y la mayor instruccion; manda que sean idóneos para administrar los sacramentos y enseñar al pueblo, y por último, mandó establecer los seminarios donde siempre haya un número de jóvenes que se instruyan en la disciplina eclesiástica, los que quiere que aprendan gramática, canto, cómputo eclesiástico, y otras facultades útiles y honestas: que tomen de memoria la sagrada escritura, los libros eclesiásticos, homilias de los santos, y las fórmulas de administrar los sacramentos, en especial, lo que conduce á oír las confesiones, y las de los demás ritos y ceremonias. De suerte, que estos colegios sean unos perennes planteles de ministros de Dios." Ses. 23 cap. 11, 13, 14 y 18.

Conque ya ves, hijo mio, como la santa Iglesia quiere, y siempre ha querido, que sus ministros estén dotados de la mayor sabiduría, y justamente; porque ¿tú sabes qué cosa es y debe ser un sacerdote? Seguramente que no. Pues oye: un sacerdote es un sábio de la ley, un doctor de la fé, la sal de la tierra y la luz del mundo. Mira ahora si desempeñará estos títulos, ó los merecerá siquiera, el que se contenta con saber gramática y la moral á medias, y mira si para obtener dignamente una dignidad, que pide tanta ciencia, bastará ó sobrarán con tan poco, y esto suponiendo que se sepa bien. ¿Qué será ordenándose con una gramática mal mascada y una moral mal aprendida?

Por otra parte: cuando vemos tantos sacerdotes sábios y virtuosos que ya viejos, enfermos y cansados, con las cabezas trémulas y blancas, en fuerza de la edad y del estudio, aun no dejan los libros de las manos: aun no comprenden bastante los arcanos de la teología: aun se oscurecen á su penetracion muchos lugares de la sagrada Biblia: aun se confiesan siempre discípulos de los santos padres y doctores de la iglesia, y se conocen indignos del sagrado carácter que los condecora, ¿qué juicio harémos de la alta dignidad del sacerdocio? ¿Y cómo no nos convenceremos del gran fondo de santidad y sabiduría que requiere un estado tan sublime en los que sean sus individuos?

Y si despues de estas sérias consideraciones, tendemos la vista por el oriente opuesto, y vemos cuan tranquilos y satisfechos se introducen al *Sancta Sanctorum* muchos jovencitos con cuatro manotadas que le han dado á Nebrija y otras tantas al P. Lárraga. Si vemos que algunos, apenas se ordenan de presbíteros, cuando se despiden no solo de estos dos pobres libros, sino quizá y sin quizá hasta del breviario. Y por último, si damos un paso fuera de la capital, y ciudades donde residen los diocesanos y cabildos, y vemos por esos pueblos de Dios, lances de ignorancia escandalosos y aun increíbles *, y

* Tal es el que sigue. Reconcilióse en un lugar de España el eximio doctor Suarez para celebrar, y el miserable vicario que lo oyó de penitencia, era tan ignorante, que no sabia la forma de la absolucion. Fué necesario que el mismo penitente se la fuera apuntando así como se hace con el que ha de recitar una relacion que no sabe; pero por fin, con este auxilio absolvió nuestro vicario al dicho sacerdote, quien luego que acabó su misa, fué á ver al cura lleno de escándalo, y con razon, y le dió parte de lo que le habia acontecido, pero ¿cuál seria la sorpresa de este teólogo cuando oyó al cura que muy mesurado le dijo: „Padre, ese vicario es muy tonto, ya yo le tengo dicho varias veces que no se meta en absolver, sino que oiga las confesiones y me remita á los penitentes, que yo los absolveré?”

Conozco que este caso se hará increíble; pero se hará tal á los que no

si escuchamos en esos púlpitos sandeces y majaderias que no están escritas, ¿qué juicios nos hemos de formar de estos ministros? ¿Cuál de su virtud? ¿Y cuál de lo recto de la administracion espiritual de los infelices pueblos encargados á su custodia? ¡Oh! que para referir los daños de que son causa, seria preciso decir lo que Eneas á Dido al contarle las desgracias de Troya. ¿Quién reprimirá las lágrimas al referir tales cosas?

Aquí sacó mi padre su reloj y me dijo: ha sido larga la conferencia de esta noche; mas aun no te he dicho todo cuanto necesitas sobre un asunto tan interesante; sin embargo, lo dejaremos pendiente para mañana, porque ya son las diez, y tu madre nos espera para cenar. Vámonos.

CAPITULO X.

Concluye el padre de Periquillo su instruccion. Resuelve éste estudiar teologia. La abandona. Quiere su padre ponerlo á oficio; él se resiste, y se refieren otras cosillas.

QUENAMOS muy contentos como siempre, y nos fuimos á acostar como todas las noches. Yo no pude ménos que estar rumiando lo que acababa de decir mi padre, y no dejaba de conocer que me decia el credo; porque hay verdades que se meten por los ojos, aunque uno no quiera; pero por mas que me convencian las razones que habia oido, no me podia resolver á estudiar cánones ó teología, que era el intento de mi buen padre; pues así como me agradaba la vida libre y holgazana

hayan salido de México ó de otras ciudades; pues los que hemos andado por los pueblecillos distantes de las mitras, lo creemos como si lo hubiéramos visto, porque hemos presenciado otros mas lastimosos en su línea; y yo pudiera citar algunos si no fueran tan modernos.

así me fastidiaba el trabajo. Finalmente, yo me quedé dormido, haciendo mis cuentas de cómo conseguiria ser clérigo para tener dinero sin trabajar, y de cómo eludiria las buenas intenciones de mi padre. En esto se desvelan muchos niños sin advertir que se desvelan en su ruina.

Al otro dia despues que vino mi padre de misa, me llamó á su cuarto y me dijo: no quiero que se nos vaya á olvidar la contestacion de anoche. Te decia, Pedro, que los pueblos padecen mucho cuando sus curas y vicarios son ignorantes ó inmorales; porque jamás las ovejas estarán seguras ni bien cuidadas en poder de unos pastores necios ó desidiosos: y todo esto te lo he dicho para probarte que la sabiduría nunca sobra en un sacerdote, y mas si está encargado del cuidado de los pueblos; y para mayor confirmacion de mi doctrina, oye.

En los pueblos puede haber, y en efecto habrá en muchos, algunas almas místicas y que aspiren á la perfeccion por el camino ordinario, que es el de la oracion mental. ¿Y qué direccion podrá dar un padre vicario semi lego á una de estas almas, cuando por desidia ó ineptitud no solo no ha estudiado la respectiva teología, pero ni siquiera ha visto por el forro las obras de Santa Teresa, la Lucerna mística del padre Esquer-ra, los desengaños místicos del padre Arbiol, y quizá ni aun el Kempis ni el Villacastin? ¿Cómo podrá dirigir á una alma virtuosa y abstracta el que ignora los caminos? ¿Cómo podrá sondear su espíritu ni distinguir si es una alma ilusa, ó verdaderamente favorecida, cuando no sabe qué cosa son las vias purgativa, iluminativa, contemplativa, y unitiva? ¿Cuando ignora qué cosa son revelaciones, éxtasis, raptos, y deliquios? ¿Cuando le coge de nuevo lo que son consolaciones y sequedades? ¿Cuando se sorprende al oír las voces de ósculo santo, abrazo divino, y desposorio espiritual? ¿Y cuando (por no cansarte con lo que no entiendes) ignora del todo los primores con que obra la divina gracia en las almas espirituales y devotas?